

Manuel Delgado

20/03/2008 - 02:54 horas

Suena Johann Sebastian Bach en mi ipod, no podía ser de otro modo. Para hablar de él necesitaba un cordón umbilical que nos uniera de la misma forma que lo hacía la música, el cine y la vida en tantas horas de radio compartidas.

Hace unos meses un amable lector escribió un comentario en este blog, donde me decía que yo era una mujer con suerte y no me había dado cuenta. Esa afirmación me inquietó y ahora, pasados los meses, debo darle la razón. Soy un ser afortunado.

Vivo de mi vocación y, además, el ejercicio de la misma me ha dado la oportunidad de trabajar con sabios maravillosos, seres completos por su implicación y sobre todo por su valentía al pregonar a los cuatro vientos verdades que para algunos pueden resultar incómodas.

Permítanme que hoy les hable de alguien que me ha enseñado a ser más valiente y sobre todo que me ha mostrado que hay otra realidad que no es la oficial y que ésta es mucho más genuina de lo que resulta políticamente correcto.

Manuel Delgado, el protagonista -aunque a él no le guste nada ser el centro de las miradas- es un antropólogo que a través de sus libros nos demuestra que las ciudades tienen corazón y alma y que estamos continuamente mercadeando con su dignidad.

Acaba de publicar un texto crítico contra el "modelo Barcelona". El título es "La ciudad mentirosa", en él describe la capital catalana como una mujer que pasa el tiempo maquillándose para ser exhibida en la pasarela de los lugares "fashion".

Mi amigo y mentor tiene la rara habilidad de ver cosas que los demás mortales no observamos. Siempre manifestaba en el programa que compartimos durante siete temporadas que la ciudad Condal es un producto comercial sólo apto para aquellos que tienen dinero. Está convencido de que la pobreza no se criminaliza, sino que se expulsa, y de que el barraquismo de la actualidad se encuentra en los pisos patera o en las pensiones ilegales en las que se hacían decenas de personas.

He pensado mucho en su ideología estos días, me preguntaba qué hubiera manifestado públicamente sobre el caso de la mujer que presumiblemente causó la explosión de la Verneda.

El resultado no puede ser más terrible: Han muerto dos personas que eran hermanos y que en el momento de la deflagración estaban desayunando. Hemos leído titulares de todo tipo sobre el caso: "Desesperada por 16 euros" o "La vecina fantasma de Prim", son algunos de ellos.

Parece ser que la soledad alimentó los problemas de personalidad y conducta de la que ahora es la actriz principal de la mayoría de las noticias de los periódicos.

No me puedo poner en la piel del Profesor Delgado, pero estoy segura de que él hubiera reflexionado sobre la poca capacidad que tienen las instituciones de detectar comportamientos extraños que, combinados con una angustia vital al límite, da como resultado esta terrible circunstancia que es una pesadilla para los vecinos del edificio en cuestión.

Recuerdo perfectamente lo que me dijo el día que me atreví a llamarlo para proponerle colaborar en el programa. Me lo puso tan fácil, sólo me pidió hablar de lo que pasaba en el mundo a través del cine y así fue.

Cada semana durante 8 temporadas venía al estudio de Ràdio 4 con su mochila al hombro y con esa curiosa mirada nos daba pautas para comprender aquello que nosotros, los periodistas, a veces no sabemos explicar.

Desde Bette Davis en "La loba", pasando por Marlon Brando en "El Padrino" o Audrey Hepbrun en "Dos en la carretera", pero aún recuerdo la tarde en la cual nos propuso hablar del amor y nos invitó a escuchar una de las conversaciones más tiernas del cine, la que mantienen Al Pacino y Michelle Pfeiffer en la película "Frankie y Johnny".

Es imposible que les resuma lo que el profesor Delgado nos dijo de aquella película que pese a ser del año 1991, está vigente.

Nos invitaba a vivir de cara al destino y sobre todo nos pedía como Frankie le ruega a Jhonny, con Claude Debussy y el Claro de luna de fondo, que haber sufrido, sentir dolor no es nada paralizante, al contrario, hay vida más allá de la tristeza.

Una vez me enseñó una frase de Baudelaire que decía que "las ciudades cambian más que el corazón de un mortal", en cambio lo que él me mostró continúa aquí inamovible, en un espacio muy íntimo entre el corazón y el cerebro."